



# **12º CONGRESO ARGENTINO DE ANTROPOLOGÍA SOCIAL**

## **La Plata, junio y septiembre de 2021**

GT71 Perspectivas antropológicas en los estudios sobre cultura escrita y mundo impreso

### **Concepciones acerca de la cultura en los ámbitos populares en relación con la lectura**

Marcela Coria. Instituto de Investigaciones en Humanidades y Ciencias Sociales (UNLP-CONICET). Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación (FaHCE). Universidad Nacional de La Plata (UNLP), Argentina. [coria.marcela05@gmail.com](mailto:coria.marcela05@gmail.com)

#### **Resumen**

En la presente ponencia pretendemos realizar un ejercicio interpretativo acerca de las intersecciones entre lo considerado “culto” y “popular”. Particularmente indagamos las concepciones de la cultura en los ámbitos populares en relación con las dinámicas impulsadas desde los sectores dominantes. En este sentido, nuestro interés concreto radica en pensar ciertas especificidades en torno a los consumos culturales populares y de los sectores dominantes considerando en especial la práctica de la lectura y la determinación de literatura tanto en su función utilitaria como de abstracción. De este modo, ponemos en cuestionamiento algunas contradicciones detectadas a la hora de pensar las apropiaciones y las resistencias de la cultura popular en relación con la circularidad de consumos culturales legitimados. De forma puntual, nos interesa pensar en ciertos antagonismos considerados como dados, tales como cultura subalterna vs. cultura hegemónica, gusto puro vs. gusto bárbaro, consumo económico vs. consumo simbólico. Respecto al caso específico de la lectura, la influencia bourdiana nos permite referir a la distinción entre que necesitan o quieren leer y lo que las clases superiores determinan que los populares deben leer. Asimismo, la lectura, concebida en la

conjugación de relaciones sociales que la atraviesan, nos posibilita pensarla como un modo y un objeto de la producción cultural, encarnizada en las estrategias y las implicancias que incluye la industria editorial. Hacia el final, aludimos al libro Carlo Ginzburg, *El queso y los gusanos*, como obra paradigmática en el análisis de la lectura en las tensiones inter e intra clases. El caso de Menocchio, aunque extremo, resulta significativo, ya que si bien conlleva particularidades, al mismo tiempo se constituye como un modo de abordaje, ya que puede representar las características de toda una clase en un periodo histórico.

**Palabras claves:** *Lectura; Consumo cultural; Cultura popular; Cultura dominante.*

### **Cultura y culturas**

Partimos de una concepción ambigua del concepto cultura popular (Ginzburg, 1999, p. 8), desplegada en una multiplicidad de acepciones de acuerdo al punto en que se lo analice o al espacio donde se enfatiza. A propósito, Hall (1984) identifica diversos significados de popular, en matices que van desde lo más racional, pasando por lo descriptivo hasta lo puramente teórico. Es así que, Hall (1984) plantea 3 definiciones, de forma por demás sintética, pero que en líneas generales nos otorga un panorama de la discusión en torno a la cultura popular. La primera de ellas relacionada con la masividad del consumo, la segunda referida a lo que el pueblo hace o ha hecho y una tercera ligada a “aquellas formas y actividades cuyas raíces estén en las condiciones sociales y materiales de determinadas clases, que hayan quedado incorporadas a tradiciones y prácticas populares” (Hall, 1984, p. 103). Por su parte, en relación a la significación de la cultura, Abu-Lughod (2005, p. 72) enfatiza en la necesidad de repensar la noción en singular, como un conjunto compartido de sentidos, diferente al que refiere a otras comunidades a veces llamadas culturas. En este sentido, Hall (1984, p. 108) sostiene que no hay “culturas” totalmente separadas que, en una relación de fijeza histórica, estén paradigmáticamente unidas a clases “enteras” específicas. Así, se intenta dejar de pensar en la cultura como un carácter homogeneizante, sino intensificar la atención



en las sensibilidades, los conocimientos, los discursos y los sistemas de significación específicos. Incluso, Abu-Lughod (2005) puntualiza en la naturaleza universal de la cultura, al proclamar que no debe ser concebida como un mero “sistema de significaciones o siquiera como un modo de vida, sino como algo cuyos elementos se producen, se censuran, se remuneran y se emiten a lo largo de una nación, incluso a veces más allá de las fronteras nacionales” (Abu-Lughod, 2005, p. 72).

Asimismo, en esta ponencia se incluyen de forma indirecta algunas problemáticas concernientes al estudio de las clases populares desde la investigación social. Abu-Lughod (2005, p. 59) enfatiza en el valor de la etnografía para analizar la cultura popular. No obstante, cuando se trata de un estudio histórico donde la metodología etnográfica no es viable, nos encontramos con la dificultad de las fuentes, ya que mayormente, las halladas son escasas, mediadas por clases dominantes o incluso inexistentes. No obstante, Ginzburg (1999, p. 6) basándose en su experiencia de investigación sobre Menocchio sostiene que aunque la documentación sea exigua, dispersa y difícil, puede aprovecharse. El énfasis del autor en este punto, radica en el riesgo que corren las clases populares a ser “condenadas al silencio” sino son debidamente historizadas. Si bien el caso de Menocchio constituye un relato singular, la investigación de estas historias mínimas pueden representar las características de toda una clase en un periodo histórico. Este tipo de casos extremos también pueden ser significativos, porque si bien conllevan particularidades, comparten un contexto y una clase que son innegablemente similares. Sin embargo, en contraste con lo antedicho, Ginzburg (1999, p. 12) realiza una salvedad al advertir las desavenencias que supone proponer una homogénea “mentalidad colectiva”, entendida como una extrapolación interclasista de singularidades que muchas veces cae en generalizaciones equivocadas.

### **Consumo cultural y legitimización de la lectura**

Ahora bien, a la hora de analizar las apropiaciones y resistencias de la cultura popular en relación con la circularidad de consumos culturales validados, nos resulta pertinente graficarlo desde una pugna. En este sentido, Hall sostiene que

“hay una lucha continua y desigual, por parte de la cultura dominante, cuyo propósito es desorganizar y reorganizar constantemente la cultura popular, encerrar y confinar sus definiciones y formas dentro de una gama más completa de formas dominantes. Esta es la dialéctica de la lucha cultural. En nuestro tiempo esta lucha se libra continuamente, en las complejas líneas de resistencia y aceptación, rechazo y capitulación, que hacen de la cultura una especie de campo de batalla constante. Un campo de batalla donde no se obtienen victorias definitivas, pero donde siempre hay posiciones estratégicas que se conquistan y se pierden” (Hall, 1984, p. 101)

Nos parece oportuno introducir este considerable párrafo de Hall ya que ilustra claramente el escenario en el que se presenta esta interacción. En esta línea de discusión, Ginzburg (1999) plantea la tensión en el antagonismo cultura subalterna vs. cultura hegemónica. Asimismo el autor propone algunas otras dicotomías, pero que en este escenario se dan de forma concomitante y que incluso justifican su accionar, como lo son el gusto puro vs. el gusto bárbaro y el consumo económico vs. consumo simbólico.

Vale mencionar que esta lucha cultural, constituye un espacio donde se ponen en juego múltiples tensiones que a la vez pueden adoptar diversas formas, entre ellas incorporación, tergiversación, resistencia, negociación y recuperación (Hall, 1984, p. 105). A fin de profundizar en el funcionamiento de este ámbito de disputa introducimos el concepto de *herodianismo* retomado por Grignon y Passeron (1989, p. 16). Se trata de la idea de que los sectores dominados aceptan y asimilan la cultura dominadora y se unifican bajo su hegemonía, con el apoyo de sectores de las clases medias. De esta forma los sectores superiores tienden a legitimar los consumos culturales. Allí se disponen cuáles son las prácticas, los bienes y los conocimientos que deben ser determinados para las clases populares. De este modo se adjudica una actitud pasiva por parte de los sectores dominados donde se asume deben optar por lo que ya fue previamente fijado (Bourdieu, 1998, p. 26). Bourdieu (1998) sostiene que se trata de especificaciones pensadas “por encima de la cabeza del público”. Esto significa que lo que se legitima, al no ser lo preferido o requerido, no les llega ni es aprehendido de la forma que intencionalmente fue predeterminado.

No queremos dejar pasar la arbitrariedad con la que propusimos una posición indiferente por parte de los sectores populares cuando dista bastante de la realidad. De Certeau (2000, p. 189) lo refiere de forma poco protocolar en estos términos “a la gente no debe juzgársele idiota”. Si bien la dominación cultural es real, no se realiza de manera total ni perfecta, ya que las clases populares no funcionan como una hoja en blanco, por el contrario, la imposición de ideas debe adaptarse a las percepciones ya cimentadas en ellas. Esta situación conlleva a pensar en la complejidad de las relaciones culturales, la realidad del poder cultural y la naturaleza de la implantación cultural. Esta concentración del poder referido, constituye el medio de hacer cultura en la cabeza de unos pocos, en tanto sectores dominantes (Hall, 1984, p. 101). De allí que, Hall sostiene que esta mirada peyorativa constituye un modo de concebir a las clases populares como ““tontos culturales” incapaces de ver que lo que les están dando es una forma actualizada del opio de los pueblos” (1984, p. 100). Podemos decir entonces que de forma consciente o no, las clases subalternas constituyen una posición funcional en este sistema. Esta configuración determina que la cultura dominante, independientemente de su carácter superlativo, necesita indefectiblemente de los dominados, de su sumisión y dominación, a fin de renovar su superioridad. Ya que de otro modo la perderían.

Ahora bien, vale mencionar asimismo, que las clases populares por más dominadas que sean, conservan cierta autonomía. Su condición de subalternidad no invalida la organización simbólica de su cultura, a través de un sistema de prácticas, lenguaje y símbolos. Si bien parte de los sectores populares puede inmiscuirse en ámbitos de las culturas dominantes, imitar sus hábitos de consumo o tomar sus prácticas, existe una cuestión intrínseca que pervive en ellas y que las subsume de forma reiterada en su cultura popular de acuerdo a determinadas estructuras actitudinales que las definen y a la vez las mantienen en esa condición. No obstante además, aunque no lo consientan, son analizadas desde las mismas lógicas de la simbología dominante. Por tanto, Grignon y Passeron (1989, p. 26-27) se preguntan si imponer los mismos instrumentos en ambas culturas no supone una mirada etnocéntrica desde cultura dominante a dominada.

Vale mencionar asimismo, la relevancia dada en cada campo al hecho de portar cierto capital cultural. Aunque desde un análisis social no solo se trata de “una

simple suma de conocimientos y experiencias unida a la aptitud para hablar sobre ella” (Bourdieu, 1998, p. 16), sino que se producen intersecciones más complejas. En este contexto en el que las clases no permanecen invariantes ante las arbitrariedades y a la vez producen y motorizan alternativas o formas reticentes a las maneras lícitas, se da lo que se llama “cultura libre ilegítima”, definida como

“conocimientos acumulados por el autodidacta o de la "experiencia" adquirida en la práctica y mediante la práctica, pero fuera del control de la institución específicamente encargada de inculcar esos conocimientos” (Bourdieu, 1998, p. 22).

Se trata de un tipo de capital muy común en los sectores populares, en donde los individuos han llegado a ciertos conocimientos de forma no estructurada ni validada. Estos saberes suponen una jerarquización de la clase en términos constitutivos pero al no contar con las certificaciones esperadas no se consideran legítimos. Aunque vale mencionar además que las titulaciones específicas suponen asimismo una serie de conocimientos comúnmente englobados bajo cultura general, que no necesariamente están incluidos en estas diplomaturas. Se constituye así un proceso de imposición simbólica condenatorio que condiciona la configuración de una imagen de clase que muchas veces difiere de la constitución real de esa clase. Asimismo esto instituye una diferenciación entre cómo está conformada la clase y como los sectores dominantes creen que está constituida. En forma puntual, respecto al caso de la lectura, refiere a la distinción entre que necesitan o quieren leer y lo que las clases superiores determinan que los populares deben leer.

Al analizar la diferenciación entre campos legítimos y campos libres, en su investigación, Bourdieu (1998) identifica la relevancia dada al origen social y al nivel de instrucción como elementos distintivos. Esto además determina las prácticas y las preferencias que toman cada uno de ellos (Bourdieu, 1998, p. 11). Asimismo, al continuar con el análisis de los capitales que son propios de cada campo, vale introducir la idea de “consumo ostentativo”. Ligado a la distinción que implica el uso de un bien por el solo hecho de hacerlo, aunque no se identifica un claro gusto, en tanto *preferencias manifestadas* en palabras de Bourdieu, por ese bien más que la sola ostentación. A partir de esto, se realiza un proceso de autolegitimación del

carácter dominante a través del consumo exclusivo de los bienes considerados de culto, lo que a su vez implica el alcance de un beneficio simbólico.

Bourdieu (1998) realiza una especificación en clases populares, medias y superiores y a partir de allí una clasificación de gustos, entre legítimo, medio y popular. Ahora bien, en qué grado existe una dependencia, entre la correspondencia de clase y las preferencias de gustos de cada una de ellas. Es decir, hasta qué punto la instrucción educativa y el origen social, determinan las preferencias en materia de consumo cultural. Tal como lo desarrolla Bourdieu (1998, p. 16), alcanzar una respuesta acertada a este interrogante supone el análisis de una multiplicidad de variantes, dependientes e independientes, que incorporan las heterogéneas diferencias que se encuentran al interior de un campo. Si bien de forma general se concibe que en una clase subsisten nociones, conocimientos y prácticas comunes es posible hallar particularidades dadas principalmente cuando el capital cultural heredado y compartido en el seno familiar difiere de aquel adquirido y desarrollado en la instancia escolar, académica o profesional. En palabras de Hall (1984, p. 108), "no hay una relación de uno a uno entre una clase y determinada forma o práctica cultural". Vale sumar aquí un componente aportado por los sectores que imponen ciertas categorías, o "titulaciones" según Bourdieu, a partir de las cuales se enaltece o estigmatiza determinado sector, sin considerar las variables implicadas en cada uno de los recorridos y las experiencias.

Por su parte, Grignon y Passeron (1989, p. 36) realizan una diferenciación entre bienes ligados al consumo material y al simbólico. Los primeros, relacionados con la necesidad de subsistencia, se consideran indispensables de los sectores populares mientras que aquellos ligados a expresiones simbólicas refieren mayormente a las clases dominantes. No obstante, en qué grado las clases dominadas no pueden incurrir en manifestaciones de expresión y abstracción. Del mismo modo que los bienes materiales de subsistencia son indispensables para las clases dominantes, podrían desplazarse los consumos y producción de formas, signos y expresiones. Asimismo, vale preguntarnos en este sentido, si desestimáramos el supuesto de que las clases dominantes determinan cuales son los bienes que le deben llegar a las clases populares, en ese caso, a través de qué manifestaciones estos sectores desfavorecidos declaran sus preferencias y necesidades. Una respuesta posible

puede estar ligada a lo que Bourdieu llama “estética popular”, esto es lo que realmente las clases populares “gustan” en materia cultural.

En este punto del razonamiento, podemos considerar la existencia de una “legitimidad cultural” (Grignon y Passeron, 1989, p.30) que cumple roles específicos en las relaciones de clase. La cual supone un cuestionamiento que implica determinar si toda cultura de los dominadores es legítima y si necesariamente es impuesta a los dominados. Ya que para ello, es necesario además un *consentimiento a la dominación*. Este dominio cultural, caracterizado como un intercambio simbólico desigual, responde a ciertos principios de la relación de fuerza simbólica, entre ellos el olvido, la denegación, la contestación, la aceptación y la resignación (Grignon y Passeron, 1989, p. 21). Asimismo, indefectiblemente constituye efectos simbólicos sobre los grupos dominantes y dominados que asocia (Grignon y Passeron, 1989, p. 17). De este modo, la pertenencia a un campo legítimo supone asimismo un capital cultural adquirido, validado por los objetos y los modos de representación legítimos. A propósito, Abu-Lughod (2005) propone pensar a la cultura dominante como un núcleo sobre el que giran las apropiaciones de sus ideas mediadas por los múltiples modos en que las clases subalternas las perciben. Ahora bien, resulta interesante pensar cómo se constituyen estas dos clases, en tanto sujetos culturales, notablemente contrapuestos. Desde el trabajo de Hall, se identifica al sistema capitalista en su condición de superioridad y a la clase obrera como la dominada (Hall, 1984, p. 97). En tanto, De Certeau (2000, p. 182) reconoce al sector dominante con los intelectuales y profesionales, incluso podríamos ampliarlo al campo científico, en el cual él mismo se incluye y reconoce su posición de poder. Estas alternancias nos permiten recordarles que cada una de las interacciones que venimos abordando en esta ponencia, deben ser observadas con un halo de suspicacia, ya que como bien sabemos en los análisis sociales no existen aseveraciones inmanentes.

### **La lectura**

Llegados a este punto, arribamos al caso de la lectura, en tanto un aspecto parcial y fundamental del consumo cultural, pensada en los intersticios de la pugna cultural.

Incluso, en este marco, desde una centralidad, “Hoy, el texto es la sociedad misma” (De Certeau, 2000, p. 179).

Si bien reconocemos que el funcionamiento social y técnico de la cultura contemporánea jerarquiza tanto la lectura como la escritura (De Certeau, 2000, p. 181), nos centramos aquí en analizar la primera.

Sobre los sujetos lectores, naturalmente, se instrumenta una categorización determinada por la pertenencia de clase. Esto es, cierto nivel intelectual de un libro dispone la jerarquía de aquel lector al que va dirigido. La desigual distribución de capitales, ya sea de un bien (libro) o una práctica (lectura) habilita un corrimiento en las estructuras de posiciones, lo que ocasiona asimismo la implementación de diversas estrategias. Abu-Lughod (2005), en su investigación social, analiza los contenidos en función de los modelos de públicos, si bien ella lo trabaja para la audiencia de la televisión, podemos pensarlo para el público lector al que idealmente van dirigidos los libros. Asimismo, este análisis nos resulta apropiado para entender ciertas cuestiones ligadas con la cultura en el acto de leer. Su propuesta yace en identificar los modos en que se presentan ciertos contenidos de acuerdo a configuraciones predeterminadas, en sus palabras, "pues presentan a la mente un material concreto de qué alimentarse" (Abu-Lughod, 2005, p. 62). De este modo, la televisión oficia como un vehículo a partir del cual se diseminan ideas de las clases medias urbanas e incluso del estado. Es así que, se imparten nociones que son consideradas “lo necesario” para las clases populares, que incluso comprende lineamientos sobre políticas públicas específicas, ligadas a salud, educación, entre otros. Al ser éste el único contenido recibido, sin poder optar entre otros instrumentos pedagógicos, se insta a perpetuar las condiciones de subordinación (Abu-Lughod, 2005, p. 71). Vale aclarar que para la lectura podemos establecer por un lado la apreciación de la estética por una obra literaria y por el otro el carácter pedagógico y/o funcional de ese libro (Bourdieu, 1998). No es novedoso afirmar que la lectura resulta una práctica revolucionaria a lo largo de la historia, como así también la producción y la circulación de textos, incluso podemos decir que se encuentran mediados por una “construcción social”. Desde la tradición eclesiástica, el texto era producido con una intención “manipuladora del lenguaje” (De Certeau, 2000, p. 181).

En efecto, la conjugación de relaciones sociales que atraviesan la lectura determina su autonomía. Esto es, que aquellos sectores vedados de ciertas lecturas adoptan un comportamiento reticente, solitario, que los lleva a iniciar múltiples experiencias en relación a la lectura. Como manifiesto de este individualismo, desde hace 3 siglos prevalece como práctica y representación, la lectura silenciosa (De Certeau, 2000, p. 188). Incluso nos atrevemos a agregar, la lectura intensiva. Tal como la refiere Ginzburg en el trabajo de Menocchio

“No sabía griego, ni latín (a lo sumo algunos trozos de plegarias); había leído pocos libros, ocasionalmente. De estos libros había masticado y exprimido cada palabra. Durante años, los había rumiado; durante años palabras y frases habían ido fermentando en su memoria” (Ginzburg, 1999, p. 129)

Como par cultural de la lectura presentamos a la escritura, De Certeau particularmente lo aborda como un binomio (escritura-lectura) que a la vez nos permite comprender de forma semejante a la dupla producción-consumo. En este trabajo, ya hemos venido abordando las implicancias del consumo cultural, ahora, observamos cómo se enmarca la producción cultural en relación a lectura en tanto industria editorial. La estructuración de este circuito no es azarosa, sino que responde a fines concretos. Los productores culturales toman posición al escoger los bienes que implican una alta cultura o una cultura popular. Incluso De Certeau (2000) denuncia que se privilegian autores, en tanto “productores”, lo que determina un tipo específico de consumo. De forma general, la producción de libros se da por parte de agentes con intereses concretos, tales como comerciales, ideológicos, propagandísticos, entre otros. Estos productores, posicionados en una estructura de poder determinan cuales son los textos que se editan y distribuyen entre áreas de las culturas populares (Abu-Lughod, 2005, p. 62). Además, en este mismo sentido, piensan sus audiencias y proyectos políticos de modos que no son los que las clases subalternas esperan y mucho menos necesitan. Ya que, eventualmente, las respuestas o las soluciones que intentan ofrecer están fuera de contexto, son irreales o paternalistas. Incluso responden a imaginarios que no contemplan las singularidades ni las reales problemáticas que interceptan sus recorridos (Abu-Lughod, 2005, p. 81). Por eso, quienes motorizan ciertos contenidos temáticos que

son difundidos a través de medios masivos, en el caso de esta ponencia, los libros, deben preguntarse hacia qué esferas dirigen sus contenidos, considerando los verdades intereses. Asimismo, De Certeau se pregunta porque existe una “muralla china” que separa el libro del lector. El cuestionamiento radica en el enaltecimiento del texto y a partir de allí la distancia que se erige con el lector dotándolo de un carácter ínfimo incapaz de acceder a tal literatura. El autor determina que este tipo específico de relación está dado por la “institución social” que establece el uso de los libros de un cierto sector privilegiado considerado como el “verdadero” (De Certeau, 2000, p. 184). Así, De Certeau (2000) identifica al libro como un “arma cultural” con un claro poder social que legitima la prevalencia de profesionales e intelectuales. De este modo, la práctica lectora visibiliza una jerarquización social. En tanto, para completar esta reflexión sobre la producción cultural en relación con la lectura nos parece interesante resaltar una diferenciación entre aquella «cultura para las clases populares» de la «cultura producida por las clases populares» (Ginzburg, 1999, p. 4-5). Si bien durante esta ponencia profundizamos en la primera, debemos conocer que las clases populares también pueden oficiar como productoras, ya que allí las posiciones de poder se disponen de forma variable.

Ahora bien, al retomar la interpretación del público lector en referencia a esta dinámica, tomamos el concepto de *recepción* que Abu-Lughod introduce en el estudio sobre los medios. Ella plantea las dificultades que conlleva rastrear los sentidos, los contextos sociales y las complejidades individuales insertas en formas culturales compartidas. Se trata de una noción complementaria a la de *producción*, la cual conlleva asimismo múltiples especificidades. A propósito de la investigación de Abu-Lughod (2005), la autora plantea una diferenciación entre las costumbres de las mujeres aldeanas televidentes y los hábitos de aquellas que son representadas en la serie que miran. A estas últimas se les permiten determinadas prácticas que si bien las de la aldea conocen, no son capaces de alcanzar, como por ejemplo la libertad de elección en el amor y el sexo e igualdad entre hombre y mujer (Abu-Lughod, 2005, p. 65-66). Esto remarca una diferencia entre ambas culturas que si bien podrían pervivir tranquilamente en sus circuitos naturales, la televisión media como motorizador de estas contrariedades. Caso análogo ocurre con la lectura, los libros funcionan como vehículos que permiten conocer a las clases populares

conocimientos e ideologías que de otro modo estarían impedidas por pertenecer a diferentes ámbitos de vida cotidiana.

Para finalizar, hacemos alusión al libro Ginzburg (1999), *El queso y los gusanos*, como obra paradigmática en el análisis de la lectura en las tensiones inter e intra clases. El caso de Menocchio, aunque extremo, permite conocer la sociedad de la Europa pre industrial mayormente de cultura oral. Además nos posibilita pensar en una variable, consistente en identificar en la cultura de las clases subalternas una posible fuente de ideas que es expandida al resto de la sociedad. Decimos alternativa ya que va a contrapelo de las nociones verticalistas que indagamos a lo largo del trabajo, en las que la cultura es extendida desde los estamentos superiores a los inferiores. Particularmente el caso de Menocchio constituye un claro ejemplo de “represión y de aniquilamiento de la cultura popular” (Ginzburg, 1999, p. 203), aunque pervive en la idea de traspasar esa dominación e irrumpir entre los circuitos predominantes. Se trata de un personaje señero, aunque no único, ya que es posible personificar en él el nivel de poder que otorga o niega el consumo cultural.

“No es el libro como tal, sino el choque entre página impresa y cultura oral lo que formaba en la cabeza de Menocchio una mezcla explosiva” (Ginzburg, 1999, p. 135).

La historia allí abordada se inscribe en una coyuntura social, donde el concepto de lectura como privilegio había sufrido un grave embate (aunque no mortal) con la invención de la imprenta (Ginzburg, 1999, p. 142). La hegemonía de la cultura escrita sobre la oral fue fundamentalmente una victoria de la abstracción sobre el empirismo, incluso podemos decir que la cultura oral aflora en la escrita. Asimismo, en la posibilidad de emanciparse de las situaciones particulares radica el vínculo que ha ligado siempre inextricablemente la escritura al poder (Ginzburg, 1999, p. 141). De este modo se produce un corrimiento, ya que la escritura, y la capacidad de apoderarse de la cultura escrita y transmitirla, es decir de la lectura, son fuentes de poder (Ginzburg, 1999, p. 142). Este protagonismo, si bien no detenta contra la apropiación material del texto incluye en su estructura de poder la práctica de lectura. Y con ella, la relevancia dada a la clave de lectura (Ginzburg, 1999, p. 119).



Es decir, en palabras de Ginzburg (1999, p. 126), el tamiz interpretativo con el que se arriba a un libro, es incluso más importante que la posesión pragmática del mismo.

### Referencias bibliográficas

- Abu-Lughod, L. (2005). La interpretación de la(s) cultura(s) después de la televisión. *Etnografías contemporáneas*, 1, 57-90.
- Bourdieu, P. (1998). Títulos y cuarteles de nobleza cultural. En P. Bourdieu, *La Distinción* (pp. 9-94). Madrid: Taurus.
- De Certeau, M. (2000). Leer: una cacería furtiva. En M. De Certeau, *La invención de lo cotidiano* (pp. 177-189). México: ITESO.
- Ginzburg, C. (1999). *El queso y los gusanos. El cosmos, según un molinero del siglo XVI*. Barcelona: Muchnik Editores.
- Grignon, C. y Passeron, J.C. (1989). Simbolismo dominante y simbolismo dominado. En C. Grignon y J.C. Passeron, *Lo culto y lo popular. Miserabilismo y populismo en sociología y en literatura* (pp.15-54). Buenos Aires: Nueva Visión.
- Hall, S. (1984). Notas sobre la deconstrucción de lo popular. En R. Samuel (ed.), *Historia popular y teoría socialista* (pp. 93-111). Barcelona: Grijalbo.